

ambiciones burladas, la época más deshonrosa de la historia moderna unida á su nombre indisolublemente, la invasion extranjera vinculada en su torpeza; cuando contemple cómo le han deshonrado y le han hundido los mismos á quienes sacrificaba historia, reputacion, nombre de familia, y un porvenir bri-

llantísimo de gloria, debe alzar los ojos á su conciencia oscurecida y desde su conciencia al cielo, para reconocer cuán severa é implacablemente castigan cielo y conciencia, justicia humana y justicia divina á todos los apóstatas.

CAPITULO XXXIII.

MINUCIOSIDADES.

Dia 13 de Agosto.

El telégrafo prusiano comunica detalles de las últimas batallas y son horribles para el ejército francés. En Rischoffen cayeron diez mil prisioneros con armas, y diez mil heridos y muertos.

El cuerpo del general Frossard fué en Forbach no vencido, no aplastado, sino molido, disuelto, atomizado, llegando hasta el aniquilamiento. Mientras tales siniestras noticias corren por Europa, se nombra en París el nuevo ministerio. Un estupor general de toda la Europa culta lo acoge. Son los esbirros del pueblo, los cortesanos de los peores dias, los enemigos de la libertad, los cómplices de todos los atentados, los mamelucos, la guardia negra del César, aquellos que quisieran el exterminio de los liberales en el momento mismo en que Francia necesita de todos sus hijos y en que resuenan las estancias de la Marsellesa, el cántico de la República. El partido absolutista del Imperio no podia desaprovechar esta coyuntura de rehacer el despotismo cesáreo. El ministerio Palikao es el

ministerio de la dictadura, el ministerio de la reaccion, el ministerio de las complacencias cortesanas, el ministerio del bombardeo de París, uno de esos desafíos insensatos que los poderes moribundos arrojan al rostro de los pueblos.

La Emperatriz ha podido elegir entre sus partidarios otro que no fuera el célebre expoliador de los palacios de China; otro que no fuera el antiguo demagogo, el compañero del sastre Du Satoy, el redactor retribuido de los periódicos imperialistas, el tráfuga Duvernois. La Emperatriz pudo elegir otro que no fuera el procurador imperial Grandperret, que ha perseguido como fieras á los demócratas; que los ha insultado desde los altares de la ley cobardemente cuando estaban desarmados y presos; que ha cubierto con la toga de la magistratura francesa á la policía secreta, á los esbirros, á los inventores de conspiraciones inverosímiles, á los seres más viles que guardan en sus abismos las deformidades morales del Imperio.

Se quiere levantar á Francia y se le presen-

tan todas sus humillaciones. Se quiere que defiendan los franceses la patria, y se le recuerda que la patria es la ignominia. Se aspira á reconciliar los partidos, y se eleva al poder á los que han escupido sangre y hiel infamemente al único partido que guarda en sus ideas la salvacion y en sus tradiciones la honra de Francia. Los ánimos, en vista de tamaña audacia, dirán que hay un enemigo más feroz y más temible que el prusiano, y es el Imperio.

Dia 14 de Agosto.

Las sesiones del Cuerpo Legislativo han tomado un aspecto más sereno. Así como en el primer dia dentro y fuera de la Cámara reinaba la pasion, reina en el dia último la impaciencia por la victoria. El dia primero, las muchedumbres que se agolpaban á las puertas del Cuerpo Legislativo, ansiosas por saber nuevas de la patria herida; esas muchedumbres á las cuales apelaba Napoleon desde sus murallas de Metz; esas muchedumbres, en cuyas venas se encuentra el único rescate de la honra nacional, la sangre del pueblo; esas muchedumbres, que aun guardan el aliento del noventa y tres, corrieron á los alrededores de la Asamblea siendo recibidas por los agentes del Imperio á golpes, á sablazos, como los rusos á los polacos.

Es verdaderamente horrible pensar que dos provincias francesas se hallan casi perdidas para la patria comun; los ejércitos comprometidos, la honra de Francia eclipsada, su prestigio en el mundo menguado; y muchos batallones, muchos regimientos, indispensables á la salvacion de todos, en París, como si los extranjeros fueran los parisienses y no los prusianos. Cuantas veces algunos

batallones de á pié ó de á caballo atraviesan la plaza de la Concordia para contener al pueblo en su justísima indignacion; el pueblo grita enfurecido á la frontera, á la frontera. Y cuantas veces uno de esos animosos diputados que han criticado los errores del gobierno personal, presentado sus derrotas, y anunciado los peligros corridos por la nacion bajo aquel eclipse de la conciencia humana, que todo lo envolvía en su mortífera sombra; cuantas veces decia, uno de estos diputados aparece, óyense clamores mal reprimidos del pueblo que los invoca, y saluda en esa legion fortísima y honrada el advenimiento de la República.

La última sesion que el telégrafo trasmite es más tranquila. Julio Favre ha conseguido que la milicia nacional se organice en las mismas condiciones que tenia allá por el año treinta, inmediatamente despues de la revolucion de Julio. Keratry consigue que los licenciados de los últimos años vuelvan al ejército. Julio Favre arranca al gobierno otra declaracion importantísima, la declaracion de que el general en jefe es Bazaine y no el Emperador. Palikao sube á la tribuna. Es debilísima su voz. «No lo extrañéis, esclama; recibí una bala en mitad del pecho y ahí se ha quedado.» «No hay motivo, añade, para desesperarse; conseguiremos pronto un rápido, seguro y glorioso desquite.» Todas las demás disposiciones que el Cuerpo Legislativo toma, se refieren á un armamento general. En este punto hay tal entusiasmo que todo París arde en un verdadero y espontáneo furor guerrero. Si la nacion crece y se purifica en el crisol de este grande infortunio, ¡ay de Napoleon!

CAPITULO XXXIV.

DESESPERACION.

Dia 15 de Agosto.

Se aguardaba para hoy una gran batalla. Los telégramas imperialistas no han cesado ni un momento de anunciarla. Pero la batalla no sobreviene. Lluvias torrenciales, de esas frecuentísimas por los climas del Norte en este mes, impiden maniobrar. Las avanzadas prusianas llegan á dos leguas de Metz. El sentido general cree que si Federico el Grande ó Napoleon I mandaran esas huestes aguerridas, fogueadas en combates titánicos, victoriosas de un ejército que se creia invencible, ya hubieran caído sobre el campamento de Metz, arrollándolo, decidiendo en definitiva y sin apelacion el triunfo sobre el Imperio. Los más prudentes dicen que golpes tan rudos como los dados ya, victorias tan brillantes como las ya obtenidas, requieren una grande medida. No maniobran los alemanes como antes en su propio territorio, no tienen los pueblos en su favor como en el Palatinado y en las provincias rhinianas. Alsacia y Lorena son de origen aleman, hablan aleman, tienen tierra y cielo, carácter y talento ger-

B.

mánicos; pero la revolucion, destruyendo el feudalismo y dando al siervo una dignidad que no podia esperar del antiguo Imperio, convirtió esas dos provincias en dos fortalezas formidables del territorio francés. Luego Napoleon se encuentra en una posicion ventajosísima. El rio Mosela, y las fortalezas de Metz y Thionville, son grandes puntos de apoyo, sin contar sus campos atrincherados. Aunque los muertos, los heridos, los prisioneros, el natural desfallecimiento, despues de la derrota, el pánico de Francia le hayan quitado mucha fuerza, todavía tiene trescientos mil hombres heridos en su honra militar, y ansiosos de un ruidoso desquite. Luego el éxito continuo compromete á mucho y los vencedores del Elba, de Sadowah, de Voerth, de Wisemburgo, de Forbach, han de mirarse mucho antes de perder ese prestigio, que decide tanto de las futuras victorias. Para no dejar que la opinion pública descansa, para humillar más á Francia, para encender más el entusiasmo de Alemania, mientras el Emperador anuncia que están cortadas sus co-

municaciones con Strasburgo, los prusianos anuncian que acaban de sitiarse esta ciudad, la hermosa, la poética capital de Alsacia, la patria de Guttenberg, la que refleja en el Rhin la aguja de su catedral gótica, tantas veces cantada por la poesía moderna; esa ciudad, que ha enviado á la literatura de su nación la gran falange de escritores, sóbrios, sencillos, profundos, que reúnen á la elegancia francesa la solidez germánica. Me parece ver al

ilustre solitario de Veytaux, el gran Quinet, proscrito del derecho, proscrito de la República, maldiciendo con su elocuencia arrebatadora el segundo Imperio que ha vuelto á traer sobre la patria la ignominia de una segunda irrupción del Norte. Al irros, proscritos ilustres, os llevásteis con vosotros el genio francés que sólo volverá á resplandecer en el mundo cuando se reedifique su altar, cuando se reedifique la República.

CAPITULO XXXV.

DESASTRES.

Día 16 de Agosto.

Hoy se halla la atención concentrada en la futura batalla. De ella depende la suerte de Europa. Las noticias todas convienen ya en que Napoleón, admirablemente colocado para la defensiva, espera en el Mosela, apoyándose sobre Metz, Nancy y Thionville, un fuerte ataque de los prusianos que le permita una batalla decisiva y gloriosa. Está visto: el César, que se proponía ir de marcha en marcha y de victoria en victoria hasta Berlín, se halla á la defensiva en la fortísima plaza de Metz. La ciencia militar enseña que nada es tan difícil como una batalla defensiva. Y cuando los condenados á esa actitud son los nerviosos, los movibles; los impetuosísimos franceses, suben de punto las dificultades, y rayan en lo imposible. Cuatro batallas defensivas empuñó Napoleón el Grande en toda su vida. Una fué de efectos deplorables. Se necesita apoyar formidablemente los flancos; dejar al enemigo un solo punto de desemboque; tener terreno á un tiempo fuerte para guarecerse y despejado para observar todos los movimien-

tos contrarios; convertir cuando sea preciso la defensiva en ofensiva, y escoger tan admirablemente su defensa que no pueda ser burlado, doblado y envuelto el ejército en círculos de fuego, en oleadas de hombres. Los tácticos dicen que la línea del Mosela es buena; pero muy preferible á ella la línea del Mosa que llamaría más abajo los ejércitos alemanes y permitiría, con un heroico arranque, estrellarlos contra el Mosela y las grandes fortalezas que allí tiene la nación francesa.

Pero Napoleón no se atreve á esta maniobra. Al interés de su dinastía sacrifica como siempre el interés de Francia. ¿Qué dirán los áticos parisienses si ven nuevos retrocesos, nuevos abandonos de líneas, mayor proximidad á la capital? ¿No se creerán perdidos? Y en su desaliento ¿no se volverán airados contra el Imperio?

El segundo Imperio puede presentar á Francia en su testamento la ruina de la democracia, la perversion de los ánimos, el abatimiento de las inteligencias, el eclipse de

las letras; una Hacienda en ruinas, un ejército en fuga, Wisemburgo tomado, Strasburgo sitiado, la batalla de Woerth y la batalla de Forbach perdidas, la frontera abandonada al enemigo, la honra francesa en el polvo, la independencia amenazada, su influjo en Europa disminuido: terrible, pero justa venganza de la libertad; terrible, pero justo castigo de la Providencia.

Está visto: en la guerra no es tan difícil vencer como aprovecharse de la victoria. Los prusianos tenían roto el cuerpo de ejército mandado por Mac-Mahon, gracias al ardimiento del príncipe heredero; y roto el cuerpo de ejército mandado por Frossard, gracias al ardimiento del príncipe Carlos. ¿Por qué no han acudido á desbaratar el centro, el cuerpo de ejército acampado delante de Metz, que á la sazón mandaba Bonaparte? Estos rasgos de audacia tienen siempre el mérito de acortar la guerra y decidir pronto la victoria. Desorganizando, destruyendo tres cuerpos de ejército en tres batallas consecutivas, hubiera Prusia llegado á una capitulación, y de la capitulación á la paz. Los prusianos han cometido en 1870 las mismas faltas cometidas por sus predecesores en 1792 y 1793. Cuando Wisemburgo acababa de caer en sus manos, y Mac-Mahon volvía despavorido, y Frossard dejaba su ejército en Forbach; y el Emperador pedía socorro desde los Castillos de Metz, era el momento oportuno de intentar el golpe de gracia sobre un ejército vencido, desmoralizado, presa de esos arrebatos de pánico, que en el ánimo de franceses suceden con la celeridad del relámpago á los arrebatos del valor y á la embriaguez de la guerra.

Felipe II ganó la batalla de San Quintín, y se detuvo, cuando en tres días de marcha hubiera podido apoderarse de París. Así el duque de Guisa reorganizó el ejército francés. Igual falta volvimos á cometer los españoles en 1636, falta purgada tristemente en aquella fatal campaña, donde perdió Espa-

ña su predominio, hasta entonces indisputable, sobre todas las naciones de Europa. ¿No habrá cometido el rey Guillermo el mismo error que cometió en 1854 el ejército francés, desaprovechando la victoria de Alma y no cayendo sobre Sebastopol consternado y moralmente vencido? El éxito de la guerra dirá si es hora todavía de reparar este error.

Mazzini ha sido preso. Siento que el grande hombre, cuya alma personifica el génio de Italia, haya caído en manos del gobierno. La prisión de Mazzini es una desgracia de todos los republicanos en Europa. Cuarenta años hace que la Santa Alianza le perseguía, servida por sus esbirros los reyecillos italianos, y no pudo apresarle. Estaba reservada hazaña semejante á esa Italia independiente y una, cuya alma forjó él en su pensamiento y vació en la conciencia popular con el bronce hirviente de su inmortal palabra. Italia independiente, Italia una, Italia libre, eran utopías para el mundo, hasta que ese gran Sacerdote de la libertad, las mostró en sus elocuentísimas arengas, las divulgó, organizando sociedades secretas en todo el suelo italiano, las presentó fascinadoras á los ojos de Europa, y logró que las adoraran hasta los reyes, que las sirvieran hasta los ejércitos; y que por esas utopías pelearan legiones de héroes y murieran legiones de mártires, convirtiendo su increíble realización en el milagro de nuestro siglo: que también la libertad ha resucitado á su Lázaro. Fatalidad grande que Mazzini esté en Gaeta prisionero cuando la República va á levantarse en Roma y en París.

Pero absorbido por estas ideas, me había olvidado de la diplomacia. Ya comienza la intervención de las grandes potencias en la guerra. Lord Grandville recibió enviados de Italia, de Austria; habla con el embajador de Francia, y dirige mensajes al rey de Prusia. Mas en la presente ocasión parece-me difícil un arreglo. Francia no puede

consentir todavía en su humillación. Cree imposible su derrota. Está vencida; pero no está resignada la nación francesa. Bazaine cercado se le figura todavía un vencedor. Mac-Mahon, roto, deshecho, arrojado sobre Chalons con los restos de su ejército

dispersó, brilla á sus ojos como una esperanza. Aun imagina que combinaciones hábilmente concertadas, lograrán una inteligencia entre el ejército de Metz y el ejército de Chalons, los cuales podrán aplastar el ejército prusiano.